

#malditos16

Cinco años antes, segunda semana de ingreso: día 10.

DYLAN. No es mi nombre.

NAIMA. No soy yo.

ALI. No me llames así.

ROBER. Que no es mi nombre.

DYLAN. Te lo repites cada mañana. Cada maldito día que pasan lista en clase. Solo tienes cuatro, cinco años y todos te dicen que tu nombre es otro. Tú ni siquiera sabes lo que te ocurre. Solo sientes que hay algo dentro de ti que te hace daño.

ROBER. No es mi nombre, joder, no es mi nombre.

Pero desde que tienes seis años lo escuchas a todas horas. En tu casa no existes. Tus padres solo ven la imagen de ti que han inventado. Alguien que no eres tú. Que no tiene tus mierdas. Ni tus batallas. Y a ti se te hunde el mundo cada vez que te llaman con el nombre de un muerto.

Carlos, ¿te importa...?

Carlos, ¿qué te parece...?

Carlos, ¿podrías...?

NAIMA. No soy yo.

Intentas convencerte. Venga, Naima, repítelo despacio.

No soy yo.

Solo es alguien que se parece a ti. Alguien que ha robado tu cuerpo. Tu rostro. Tu sonrisa.

Estás en todas partes. Pero no eres tú.

Y mientras te buscas, los demás te miran. Creen que te miran. Incluso te admiran. Pero no te ven.

DYLAN. No puedes vestir cómo vistes. Ni peinarte como te peinas. Ni caminar cómo caminas. Estás jugando al juego equivocado. Estás jugando la vida equivocada. Solo quieres dormir. Cerrar los ojos y soñar con despertar con otro cuerpo. Pero cuando despiertas, no ha sucedido nada.

Así que te levantas derrotado y te duchas sin mirar el suelo. Evitas el espejo al salir del baño. Y luego rompes el que, no sabes por qué, tus padres pusieron en tu cuarto. Ya tienes once, doce, trece años y el juego se vuelve

peligroso. Porque empiezas a preguntarte qué pasaría si gritas el nombre que sí eres.

ALI. No me llames así.

Solo es un juego, Ali, no te enfades.

Escoges una palabra y la escribes en el Insta de quien te toque.

Solo un juego. Las palabras no son más que eso.

Y las imágenes.

Al principio no duele. Y te ríes. Vas de Insta en Insta. Escribiendo lo primero que se te ocurre. Toda tu clase está ahí. Todo 2ºB. Y más de medio insti.

Es solo un juego que tiene mucha gracia.

ROBER. Pero a tus padres les da igual. Siguen usando el nombre de tu hermano como si todavía ocupara su cuarto. Siguen alimentando su perfil de Facebook. Cuelgan fotos, recuerdos. Se inventan cómo sería su vida hoy:

Si Carlos estuviera aquí, diría...

Si Carlos oyera esto, respondería...

Tú no eres más que las expectativas que defraudas. La decepción constante. La rabia que escuchas cuando sí aciertan con tu nombre.

Rober, déjalo.

Rober, cállate.

Rober, ya está bien.

ALI. El juego se repite.

Siempre es el mismo. En tu Insta. En tu mesa. En la pizarra.

Solo es un adjetivo. Los adjetivos deberían ser inofensivos.

Hasta que comienza a definirte.

Hasta que no eres más que una palabra.

Una suma de letras.

Y la imagen deformada que la acompaña.

NAIMA. Estás en todas partes. Pero no eres tú.

No queda nada de ti en esa imagen que tienes delante. En ese objetivo donde te haces minúscula. Insignificante.

Tienes tu móvil lleno de llamadas.

Y tu vida, de gente.

Esto es lo que querías, ¿no? Esto es lo que buscabas.

DYLAN. No es mi nombre.
No es mi nombre.
No es mi nombre.
Tienes tanta necesidad de gritarlo que apenas puedes respirar. Ahora son quince. Quince años y mucho miedo a perder cuanto te rodea. Tu familia. Tus amigos. Tu gente. Miedo a que este dolor no acabe nunca. A que todo lo que venga sea complicado. Caro. Interminable.

ALI. Solo es un juego.
Solo es...

DYLAN. Hasta que estallas.
Porque no puedes seguir soportando que te definan ni sus nombres ni tus genitales.
Porque el cuerpo no es más que una casualidad. Un accidente caprichoso. Igual que los pronombres.
Y nadie va a decidir el tuyo.
Nadie va a decidir quién eres.
Así que coges aire.
Y gritas.
Con todas tus fuerzas.
Tu nombre.
Por primera vez, gritas.
Tu verdadero nombre.
Dylan.
Me llamo Dylan.